

plos, el feliz resultado de una empresa, todo lo celebraban con el sacrificio de las víctimas humanas. Su falsa religion les ordenaba actos sangrientos, y las consecuencias, en la práctica de sus doctrinas, no podian producir otros resultados.

La historia de esa divinidad, en cuyas aras se celebraron terribles hecatombes de séres racionales, es digna de ser conocida al empezar, por decirlo así, el prólogo de las víctimas que le fueron sacrificadas.

Historia de *Huitzilopochtli*, segun la falsa religion de Huitzilopochtli. Su descripcion. los que en él adoraban con verdadera fé, era un sér celestial que habia encarnado en una hermosa mujer llamada Coatlicue, de acrisolada virtud y entregada al culto de los dioses; pero sin que para aquella concepcion hubiese mediado cooperacion ninguna de varon. Era la bella dama viuda de un distinguido noble de quien le habian quedado varios hijos varones y una hembra llamada Coyolxauhqui, que habitaban, lo mismo que ella, en el pintoresco pueblo de Coatepec, próximo á la antigua ciudad de Tula.

La primera oracion que se elevaba en el templo á las aztecas divinidades al brillar los nacientes rayos de la aurora, salia de los labios de la modesta Coatlicue; el primer incienso que aromatizaba las bóvedas del sagrado recinto de los dioses era el que exhalaba el suave copal de su incensario; las manos primeras que se consagraban al nacer el dia en el decoroso aseo del pavimento del *teocalli*, eran las suyas. En uno de esos momentos en que humilde y fervorosa limpiaba muy de mañana las espaciosas gradas del templo, vió descender suavemente del cielo una blan-

da y brillante bola de matizadas plumas. La hermosa Coatlicue, contenta del primoroso hallazgo, lo guardó en su seno, con el intento de colocarlo despues, como un precioso adorno, en el altar de la deidad principal; pero cuando terminado el aseo del templo buscó la preciosa bola, ésta habia desaparecido y no pudo encontrarla. Maravillada quedó la hermosa Coatlicue de la desaparicion del objeto que buscaba; pero se maravilló doblemente cuando sintió en su sér la concepcion de otro sér inexplicable.

Aunque tranquila en su conciencia, la virtuosa Coatlicue, temia sin embargo la censura del público; y cuando sus hijos, trascurrido el tiempo necesario, llegaron á conocer el estado que guardaba, temiendo que cayese sobre ellos un borron de infamia, determinaron matarla antes de que en la poblacion se sospechase de su virtud. La affigida Coatlicue llegó á saber que sus hijos habian resuelto quitarle la vida, y la duda de ellos aumentó la pena de su sensible corazon. De repente escuchó una voz celestial que operó un cambio completo en su espíritu, convirtiendo su tristeza y su dolor en intensa alegría y profundo placer. Aquella voz divina salia de su vientre, y con acento blando y profético le decia: «No temais, madre mia; regocijaos mas bien; yo os salvaré con honor vuestro y gloria mia.»

Aun no volvia de su religioso asombro la hermosa Coatlicue, cuando entraron sus hijos á matarla, azuzados por su hermana Coyolxauhqui. De repente, y en los momentos en que se disponian á descargar el golpe parricida, nació *Huitzilopochtli*, llevando en la mano izquierda un brillante escudo, un dardo en la derecha, un rico penacho de

plumas verdes en la cabeza, listado de azul el rostro, adornada la pierna izquierda con tornasoladas plumas de colibrí, y listados tambien de azul los muslos y los brazos (1).

Los hijos de Coatlicue quedaron extáticos ante aquella aparicion sin atreverse á dar un paso.

Huitzilopochtli hizo aparecer, en cuanto salió á luz, una gran serpiente de pino, y mandó á un soldado suyo, llamado Tochancalqui, que matase inmediatamente á la jóven Coyolxauhqui, que era la mas culpable. El soldado obedeció; y mientras cumplia la sangrienta órden, *Huitzilopochtli* se lanzó sobre los otros hermanos, matándoles á todos, sin que les valiese ni la defensa que hicieron, ni los ruegos. Concluida aquella escena de sangre y de matanza, incendió las casas que tenian en la poblacion, quedando la madre dueña de los despojos. Los pueblos todos quedaron aterrados con aquel inesperado suceso, que desde entonces lo llamaron *Tetzahuitl* (espantoso) *Tetzauhteotl*, dios espantoso.

La estatua con que los mejicanos representaban á *Huitzilopochtli* era la de un hombre de gigantesca altura, sentado en un banco azul que ostentaba cuatro ángulos, saliendo de cada uno de ellos una enorme serpiente; su rostro, que era muy ancho, estaba cubierto con una máscara de oro, pero grotesca, igual á otra del mismo rico metal que le cubria la nuca; sus ojos eran disformes y espanto-

(1) *Huitzilopochtli*, á quien Bernal Diaz llama en su historia, adulterando el nombre, *Huichilobos*, y algunos otros autores europeos, *Vizlipuzli*, es un nombre compuesto de dos: de *huitzilin*, nombre de un pajarito de plumaje vario y brillante, conocido vulgarmente por chupa mirto (colibrí), y de *opochtli*, que significa *izquierdo*. Los mejicanos pusieron aquel nombre á su deidad, porque le representaban con plumas del expresado pajarito en el pié izquierdo.

so; su frente ancha y tosca era azul: brillaba sobre su descomunal cabeza un rico penacho de plumas de la forma de un pico de pájaro; diez figuras de corazones humanos formaban el adorno de una lujosa gargantilla que llevaba en el cuello; empuñaba con la mano derecha un lujoso baston azul de forma espiral, y con la izquierda sostenia un ancho escudo adornado de cinco bolas de vistosas plumas dispuestas en forma de cruz. Una banderola de oro con cuatro flechas que le habian enviado del cielo para ejecutar heróicos hechos, se alzaban en la parte superior del expresado escudo. Su fornido cuerpo estaba salpicado de piedras preciosas, de figuritas de oro representando diversos animales y rodeado de una gran serpiente tambien de oro. Cada uno de los ricos adornos que se encontraban aglomerados en aquella sangrienta divinidad, tenia un significado en la religion azteca.

Tambien se le representaba de pié, con los ojos centellantes, rodeado el cuerpo de enormes culebras y adornado de rica pedrería, con una gargantilla de caras y corazones de indios, con el arco en la mano izquierda, varias flechas en la derecha, y con un paje á su lado que le tenia una lanza corta y una rodela de oro y pedrería.

Este era el dios á quien se sacrificaban mas tarde millares de víctimas humanas, y á quien en la paz y en la guerra se le demandaba proteccion, cubriendo sus altares con la sangre de séres desgraciados.

No debemos creer, sin embargo, que estas horribles hecatombes eran sugeridas por un instinto sanguinario y cruel. No era un acto espontáneo en obsequio de un sentimiento inhumano que gozaba con los sufrimientos de la

humanidad, sino en cumplimiento de un deber sagrado, segun ellos, impuesto por su religion que juzgaban santa, prescrita por dioses que les castigarian si faltaban á ella.

Acaso se complacian, como tendremos ocasion de ver mas adelante, en poder presentar á sus divinidades el mayor número de víctimas; pero se complacian, no por el gusto material de sacrificar séres humanos, sino porque juzgaban que en relacion con el número de sacrificados, se hallaba la gratitud y el placer del dios á quien ofrecian sus víctimas.

No veian en aquellos sacrificios un acto de crueldad reprehensible, sino un acto meritorio de religion.

Tenemos el deber de no juzgar de los sentimientos de los antiguos mejicanos por sus prácticas religiosas.

Los mejicanos obraban de una manera en su vida civil y particular, y de otra muy distinta bajo su aspecto religioso.

La bondad, los nobles sentimientos de la mas sana moral eran las máximas que inculcaban á sus hijos en la educacion que les daban. En los preceptos de su religion, la sangre del prójimo, vertida en los altares de sus dioses, se presentaba como una ofrenda grata y laudable.

Respetemos, pues, á los hombres, y lamentemos sus preocupaciones.

CAPÍTULO III

Sistema de gobierno de los mejicanos hasta 1352.—Fundacion de la monarquia.—Primer rey de Méjico.—Primer rey de Tlatelolco.—Tributos impuestos á los mejicanos por el rey de Azcapozalco.—Progreso de los mejicanos.—Huitziluhitl, segundo rey de Méjico.—Se casa con una hija del rey de Azcapozalco, y poco despues con otra del señor de Cuahuanhuac.—Quedan libres los mejicanos de los anteriores tributos.—Triunfo debido á ellos en Xaltocan.—El rey de Acolhuacan divide su reino en 65 estados.—Prosperidad agricola y comercial de los mejicanos.—Enemistad de Maxtlaton, señor de Coyoacan con los mejicanos.—Se asesina por su orden al hijo del rey de Méjico.—Conducta prudente del rey de Méjico.

1352. Veintisiete años llevaban los mejicanos de haberse establecido en la ciudad de Méjico por ellos edificada, cuando resolvieron cambiar el sistema de gobierno con que se habian regido constantemente. Hasta el año 1352, su régimen gubernativo habia sido aristocrático, componiéndolo varias personas en quienes concurrían la nobleza, la probidad, la sabiduría y la riqueza. A este cuerpo respetable por sus relevantes cualidades, obedecia la nacion entera con voluntad firme y ciega fé. Los individuos que se hallaban al frente de los negocios públicos cuando llegó á fundarse la ciudad de Méjico, eran veinte, destacando entre ellos, por su vasta capacidad y su feliz acierto en